

# La voz de los descendientes

## El horizonte cultural libanés en las novelas *Las hojas muertas* de Bárbara Jacobs y *En el verano, la tierra* de Carlos Martínez Assad

Benedetta Belloni  
(Università Cattolica del Sacro Cuore di Milano, Italia)

**Abstract** The article investigates the traces that Lebanese culture has left in the novels of two Lebanese-Mexican writers: *En el verano, la tierra* by Carlos Martínez Assad and *Las hojas muertas* by Barbara Jacobs. First, the article briefly examines the historical background of Lebanese migration to Mexico between XIX and XX centuries and it observes the two novels in general and the profile of the authors. Secondly, it carries out the analysis of some shared themes related to the process of reconstruction of identity.

**Sumario** 1 Premisa histórica. – 2 Las obras de los descendientes. – 3 En busca de las huellas de Líbano. – 4 Conclusiones.

**Keywords** Lebanese culture. Contemporary mexican narrative. Bárbara Jacobs. Carlos Martínez Assad. Identity.

### 1 Premisa histórica

En el último tercio del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, como consecuencia de los profundos problemas sociales y políticos que cambiaron el panorama del Mediterráneo Oriental por el desmembramiento del Imperio Otomano, se originó la diáspora de los ciudadanos nativos de la Gran Siria (Líbano, Siria, Israel, Jordania, Turquía e Irak): imponentes oleadas migratorias llegaron a diferentes partes de América, llevándose el Medio Oriente a las tierras de ultramar.<sup>1</sup> Según lo relatado por Akmir (2009, pp. 10-15), el viaje se configuraba muy largo y arriesgado, con diversas etapas intermedias (Beirut, Alejandría, Francia o Italia). Los países que los ciudadanos mediorientales eligieron con preferencia dentro de la dimensión territorial latinoamericana fueron tres: Brasil, Argentina y México. De

<sup>1</sup> Acerca de las migraciones de los árabes hacia América, cfr. Cánovas 2011, pp. 233-244. Para más información sobre las causas de la decadencia del Imperio Otomano, cfr. Akmir 2009, pp. 1-10.

estas circunstancias son testimonio los números de los componentes de las comunidades árabes asentados en los territorios en la primera parte del siglo XX. En Brasil se contaban 162.000 personas en 1926, en Argentina 64.369 en 1914 y en México un número de 15.000 en 1930.<sup>2</sup> En uno de sus estudios sobre la configuración de la comunidad mexicano-libanesa, Carlos Martínez Assad indica (2008, p. 135) que el Archivo General de la Nación fija la llegada del primer emigrante libanés a México en el año 1867, aunque la comunidad entera, en su mayoría de religión cristiano-maronita, se incline más a identificar la génesis de la inmigración libanesa en territorio mexicano con el momento de la entrada en el país del sacerdote Boutros Raffoul en 1872. A partir de esta fecha, entonces, hasta la primera parte del siglo sucesivo, la nación mexicana fue acogiendo una numerosa comunidad de libaneses maronitas que, después de una compleja instalación inicial, consiguió la paulatina construcción de una distintiva identidad, fundada en la combinación de los elementos de la cultura del país de adopción con los componentes de la antigua tradición oriental. Los factores que favorecieron unas buenas condiciones de adaptación al desconocido tejido social mexicano fueron, en primera instancia, los aspectos del trabajo y de la religión. En cuanto al ámbito profesional, muchos se dedicaron al comercio – sobre todo textil – dando nuevo impulso al sector económico mexicano que necesitaba más vitalidad.<sup>3</sup> Por lo que se refiere a la dimensión religiosa, no hay que olvidar que la mayor parte de los inmigrantes recién llegados profesaba el credo maronita, uno de los ritos del catolicismo romano. De ahí, la posibilidad de nuevas alianzas conyugales en la perspectiva de una integración cada vez más profunda de los libaneses dentro del nuevo contexto social. El último aspecto que se relaciona al exitoso proceso de asimilación libanés se enlaza con el mantenimiento de las tradiciones familiares de origen oriental, unas prácticas que no parecían alejarse mucho de los hábitos familiares mexicanos y que permitieron ser aceptadas con bastante naturalidad por el acervo cultural del país de acogida.

## 2 Las obras de los descendientes

La novela *Las hojas muertas* de Bárbara Jacobs (Ciudad de México, 1947) fue publicada en 1987 por la Editorial Era y reeditada en 1997 por Alfabeta. La obra le brindó a la escritora el Premio Xavier Villaurrutia en el mismo año de publicación con Era. Se trata de una novela biográfica cuyo objetivo parece ser la narración de una saga familiar: sorprende, sin

2 Para un cómputo más preciso sobre la inmigración libanesa hacia México, cfr. Kahhat; Moreno 2009, pp. 328-331, p. 336.

3 García Ita 2006, p. 108, Martínez Assad 2008, p. 137.

embargo, que cualquier punto narrativo esté íntimamente relacionado con la firme voluntad de descubrir la sustancia de un individuo extraordinario como fue su padre. «Fui tomando notas de mi papá y de su historia», cuenta la autora, «había mucha gente que me decía: “Tienes que escribir sobre tu papá”. Lo que él hizo en la vida es algo que objetivamente merece ser contado, merece ser rescatado, porque ya no hay alguien así» (Padilla 2012). La escritura de Jacobs entonces se mueve en primer lugar hacia el intento de desvelar la figura del padre en todas sus facetas (hijo, marido, padre, héroe) y se agarra, para hacer esto, a la recuperación de la memoria familiar: es en definitiva el diario íntimo de una identidad cultural que bien explica lo que fue y sigue siendo el mestizaje mexicano-libanés.

La novela *En el verano, la tierra* de Carlos Martínez Assad (Amatitán, Jalisco 1946) fue publicada en 1994 por la Editorial Planeta en México. En ella dos relatos distintos se entrecruzan y dialogan entre sí: el del viaje de ida del abuelo hacia el Nuevo Mundo al empezar el siglo XX y el del viaje de vuelta del nieto José hacia la tierra de Líbano en la segunda mitad del siglo XX. Se trata de una narración que muestra rasgos de hibridez entre la novela y el testimonio. En una entrevista Martínez Assad comenta que la intención de su escritura fue «reencontrarme, reconstruir mi identidad y todas las identidades que llevo encima como cualquier otra persona» (Castellanos 2014). Sobresale en el texto la importancia que tuvo la narración oral en el mundo del autor: los relatos de la familia materna constituían para él la manera de mantenerse atado a la historia de su comunidad de origen, cuentos que lograban suscitar la viva curiosidad de conocer a la lejana tierra de Líbano. «Lo que prevalece en el libro», comenta Martínez Assad (Castellanos 2014), «es la idea de narrar lo que yo mismo escuché atento» y, aunque declare el autor la falacia de la memoria, recalca su destacada función en el proceso de reconstrucción de su identidad familiar.

Carlos Martínez Assad y Bárbara Jacobs representan aquella tercera generación de origen libanés - 'la generación de los nietos' - que consiguió asimilarse completamente al contexto nacional mexicano.<sup>4</sup> Si la identidad

4 En cuanto a la historia familiar de los dos autores en análisis y acerca de la llegada de sus antepasados a América, las informaciones se han recaudado con bastante facilidad. En el caso de Martínez Assad, es el mismo escritor que la relata en su página web (<http://www.carlosmartinezassad.com/>, 2016-05-26). La historia de la entrada a México del abuelo materno Selim Assad es fácilmente identificable con la historia de miles de inmigrantes libaneses que, persiguiendo un sueño de vida nueva y libertad, llegaron a las costas centro-americanas. Por lo que se refiere a la experiencia migrante de la familia de Bárbara Jacobs, es posible reconstruir los detalles de una auténtica travesía familiar gracias a un breve texto que la misma autora escribió para el volumen n. 7 de la Revista Internacional de Cultura *Hostos Review* (2010, pp. 186-197). Comparando la emigración del abuelo Assad con la de los abuelos de Jacobs se detecta de inmediato una fundamental diferencia: se remarca una doble línea de emigración de la rama paterna de Jacobs, primero la de sus abuelos libaneses a Estados Unidos y luego la de su padre Emile que, nacido en Nueva York, dejó los Estados Unidos ya adulto para asentarse en México y coonstruir allí su propia familia.

de sus abuelos y padres fue construyéndose poco a poco añadiendo al arbusto identitario libanés unas nuevas semillas de mexicanidad, por contra, para los dos escritores, el itinerario fue configurándose al revés, puesto que ellos se fueron en busca de la simiente libanesa dentro de un matojo identitario mexicano bien sólido y resistente. Es sobre todo a través de sus obras literarias que la labor sobre el tema de la identidad, mediante la pertinaz búsqueda de las raíces, ha conseguido llevarse a cabo.<sup>5</sup> Y, por sus significativas contribuciones como estudiosos y escritores, la comunidad mexicana de ascendencia libanesa les otorgó en 2013 el Premio Biblos, una distinción instituida con el auspicio de la embajada de Líbano en México y el Centro Libanés.

Martínez Assad y Jacobs comparten, por tanto, no sólo su ascendencia libanesa sino también el compromiso de no olvidar lo que fueron los acontecimientos del pasado y la responsabilidad de recuperar sus raíces culturales para hacerlas florecer en el presente y también en el futuro. En cuanto al primer punto, ambos insisten mucho en el valor que la historia recobra para la comprensión de la actualidad y en la relevante función que la literatura puede desarrollar en este proceso. A este propósito Jacobs, en el discurso de aceptación del Premio Biblos, declaró que «no hay literatura, no hay nada por generación espontánea. Todo viene de algo. La historia y la literatura están muy relacionadas. [...] Tanto la novela como la historia son reinterpretaciones de una vida» (Palapa Quijas 2013). Asimismo Martínez Assad afirmó estar «convencido de que el presente se construye con un conocimiento del pasado» (Palapa Quijas 2013). En la misma ocasión, acerca del tema de la doble identidad y de su personal experiencia como descendientes de emigrantes, los dos autores expresaron lo positivo de la pluralidad identitaria que les caracteriza, por vivir una dimensión que les otorga grande riqueza cultural. Jacobs expresó que su doble fisonomía mexicano-libanesa le brindó «muchas posibilidades, muchas naciones me llaman y entonces es una mezcla también de principios, anhelos, de creencias, de lenguas. [...] Se creó una especie de Babel dentro de mí» (Aguilar Sosa 2013). Similar pensamiento formuló Martínez Assad al declarar que «en el mundo global es muy importante tener dos observatorios desde dónde mirar la realidad que estamos viviendo» (Aguilar Sosa 2013).

5 Las obras en análisis de Bárbara Jacobs y Carlos Martínez Assad pueden insertarse en la categoría literaria clasificada con el marbete de 'narrativa de la inmigración árabe', en la que casi todos los protagonistas son inmigrantes procedentes de Oriente que cuentan sus experiencias en el país americano de acogida. Las reflexiones de las novelas de la inmigración esencialmente giran alrededor de temas como exilio, transculturación e identidad. En cuanto a los autores latinoamericanos que se han dedicado a este género, cabe mencionar, entre otros, a Héctor Azar (México), Jorge Nacif (México), Walter Garib (Chile), Benedicto Chuaqui Kettlún (Chile) y Luis Fayad (Colombia).

### 3 En busca de las huellas de Líbano

En las novelas que se van a analizar es posible hallar unos cuantos ejes temáticos que parecen sustentar en ambos casos los proyectos de reconstrucción de la identidad familiar. Aunque a través de distintas modalidades, las obras de Martínez Assad y Jacobs comparten rasgos comunes: los autores construyen su álbum de familia narrativo con el tema principal de la recuperación de la historia familiar, mediante el relato de la emigración de los protagonistas a México y Estados Unidos y a través del cuento del asentamiento del núcleo familiar en los países adoptivos. Ambas narraciones se vuelven por tanto testimonios de los procesos migratorios de los libaneses a principios del siglo XX y aportan, en cada caso, una visión individual de la historia del pasado reciente. Así que, con la transferencia de los recuerdos personales realizada a través de la narración, la memoria familiar y única de Martínez Assad y Jacobs se convierte en un valor compartido, en una experiencia en la que toda colectividad de origen libanés podría identificarse. De ahí, la relevancia de las dos novelas como discursos testimoniales que, aunque mediados por las deformaciones de la memoria, recuperan episodios del pasado y reconstruyen una versión narrativa de lo que fue el 'ayer' de sus familias. En cierta forma, entonces, las dos historias individuales enriquecen y completan la historia institucional.

El relato del viaje de la emigración hacia las tierras de ultramar es uno de los puntos centrales e imprescindibles para que la reconstrucción de la identidad familiar se pueda realizar a nivel narrativo. En la novela de Martínez Assad, es precisamente durante uno de los primeros turnos de habla del abuelo cuando se evocan los más tristes recuerdos de la salida del *Bled*, la tierra de origen. El abuelo, como protagonista y narrador de su misma historia, cuenta los momentos iniciales de su viaje y lo hace recuperando todas las sensaciones del trauma del exilio:

Salimos de Líbano una mañana gris, ¿cómo partir en paz y sin tristeza? No sé si estaba nublado o era el sentimiento desgarrado que salía del corazón. Habíamos esperado durante varios meses nuestro turno. [...] Con los ojos anegados de lágrimas veíamos pasar, desde la carreta jalada por caballos que nos conducía a Trípoli, los hermosos cedros y los planétos de naranjas con sus azahares olorosos. (Martínez Assad 2014, p. 13)

A continuación, en el mismo fragmento narrativo, el abuelo delinea las distintas etapas del largo viaje de ida hacia América (Líbano-Siria-Francia-Cuba-México). Parece como si el narrador pusiese su voz al servicio del recuerdo histórico, al servicio también de los muchos que no consiguieron contar la dura experiencia del desplazamiento. El testimonio individual del abuelo abarca de este modo una dimensión emocional colectiva, la del

dolor del desarraigo, compartida con muchos otros individuos (Martínez Assad 2014, pp. 13-15).

En la novela de Bárbara Jacobs, *Las hojas muertas*, el narrador refiere la experiencia migratoria de su familia cuando el lector ya ha aprendido a conocer a los protagonistas de la historia. La novela de hecho se configura como la narración de una saga familiar que fluye con una oscilación analéptica: en ella se cuenta no sólo la tradición de un conjunto libanés asentado en el nuevo mundo, sino que se relata la historia de la vida de un hombre excepcional. Todo en la novela gira alrededor de la figura paterna y también el relato de la emigración de los abuelos está construido para intentar comprender mejor una fase de la existencia de 'papà'. Por tanto, aunque tenga una relevante carga histórico-testimonial, la crónica de la emigración familiar propuesta en la parte central de la novela se presenta como una pieza que el narrador necesita encajar para seguir construyendo el puzle de la asombrosa vida de su padre:

Bueno, pero llegó la hora de que empezáramos a saber en qué consistía todo eso de la vida de antes de papá, cuando era joven y antes de que se casara con mamá. [...] Pobre abuelito Rashid. Cuando emigró a los Estados Unidos creemos que lleno de ilusiones empezó por tener que aceptar que en Ellis Island le cambiaran el nombre [...]. Tuvo que dejar de llamarse Rashid Nahum. [...] Vivían en Manhattan y ahí había nacido papá el veinte de diciembre de 1909 en la esquina de las calles Rector y Washington. De ahí partió abuelito y ahí es a donde no volvió. (Jacobs 1997, pp. 55-60)

Pocas noticias concede el narrador sobre el proceso de emigración de la rama paterna, sin embargo se presentan detalles bastantes puntuales como para lograr la reconstrucción de un recorrido familiar: los dos abuelos llegaron a Estados Unidos desde las montañas libanesas de Hasrun, pasaron por el centro de recepción de Ellis Island donde, además de obtener los documentos, les cambiaron el apellido.<sup>6</sup> Se instalaron en Nueva York,

6 Según los datos proporcionados, en el centro de acogida del islote neoyorquino muchos emigrantes (españoles, franceses, italianos y de otras nacionalidades) se vieron obligados a la alteración de su nombre original: en relación a la experiencia del abuelo de la escritora mexicana, se llegó incluso al cambio integral del apellido (se pasó de Yaoub a Jacobs) por ser, quizás, su nombre árabe demasiado difícil para que los empleados de la estación federal pudiesen registrarlo de forma correcta en los documentos. Es evidente que la transformación del apellido llevó a la consecuente pérdida de una marca personal y familiar única que enlazaba directamente a los individuos con la historia de su tierra de origen y con la identidad de sus pueblos. En el caso del abuelo de Jacobs, por ejemplo, con la asimilación del nombre de origen anglosajón, se fue perdiendo uno de los rasgos más básicos de su etnicidad libanesa, o sea, el carácter árabe de su apellido. También en México se ocasionaron situaciones en las que los inmigrantes árabes abandonaron sus nombres pero, más que una obligación infligida por los funcionarios, se trataría en la mayoría de los casos,

en una zona del Bajo Manhattan que, años más tarde, volvería a llamarse 'Little Siria', la 'Pequeña Siria', por el alto número de inmigrantes del Medio Oriente que allí se asentaban.<sup>7</sup>

En el proceso de reconstrucción de la identidad familiar que se articula en las dos novelas en análisis, se detecta también el relato del asentamiento definitivo de las familias en las tierras adoptivas: se trata de un momento narrativo relevante por encerrar en sí muchos detalles de la fase de inserción de los núcleos libaneses en la sociedad de destino y por expresar con claridad el tema de la extranjería. En la novela de Martínez Assad, además, sale a la luz el aspecto del asociacionismo entre inmigrantes que está muy bien recalcado en los relatos que el abuelo refiere a su nieto:

No sé lo que hubiese sucedido sin la presencia de mi cuñado en el puerto de Veracruz. Él alegó con los aduaneros y les dio dinero para que nos permitieran desembarcar. No fue fácil porque solamente yo traía pasaporte, y tu abuela y tus tíos documentos en árabe que nadie entendió». (Martínez Assad 2014, pp. 34-35)

Además de la ayuda de los parientes, la familia de la novela de Martínez Assad pudo contar con la solidaridad de sus compatriotas. De hecho, la dificultad de encontrarse en un entorno desconocido se superó gracias a la red comunitaria que favorecía un marco de pertenencia que proporcionaba seguridad, sentimiento otorgado por la voluntad colectiva de mantener intactas las tradiciones que los identificaba como pueblo:

Durante ese tiempo nos alimentaron los paisanos que ya vivían en Veracruz, confeccionaron nuestras comidas y nos informaron dónde podíamos conseguir trigo o cómo moler el café de acuerdo a nuestro gusto. A los pocos días tu abuela ya tenía una maceta sembrada de yerbabuena para hacer té sobre una pequeña parrilla de alcohol traída por alguno de nuestros nuevos amigos. (Martínez Assad 2014, p. 16)

Fue experiencia distinta la de Mama Salima. La mujer cogió las riendas

según los historiadores, de una práctica de castellanización de los apellidos realizada por los mismos emigrantes para facilitar los trámites y su ingreso en el país. Cfr. Perea 2004, p. 18. También Carlos Martínez Assad en su novela reaviva el tema del cambio del apellido: «Igual hacíamos bromas y nos burlábamos de los cambios de nombre porque los aduaneros no sabían leer árabe [...]. Nos cambiaron los apellidos: Pablo por Bulos, González por Gassin, Murillo por Morillo, Betún por Betlune, Badú por Najnum, Pérez por Ferez, Reyes por Rujane» (2014, p. 17).

<sup>7</sup> Sobre la historia de la 'Pequeña Siria' de la ciudad de Nueva York, cfr. Chowdhury 2013 y Serratore 2013. Se remite también a la página web de la organización neoyorquina 'Save Washington Street' (<http://savewashingtonstreet.org/>, 2016-06-01) donde se puede encontrar mucha información sobre el antiguo barrio de los siriano-libaneses de Nueva York.

de su familia y dejó Nueva York para trasladarse al estado de Michigan, a pesar de los valores que sustentaban la organización familiar libanesa a inicios del siglo XX que requerían que fuese un varón adulto a tomar decisiones para el futuro de la familia. En la novela se percibe claramente que la abuela consiguió con mucho esfuerzo y valentía construir su autoridad dentro del contexto de su familia. Jacobs no rinde cuenta de los detalles del viaje y del proceso de instalación del núcleo familiar en la ciudad de Flint. Describe lo esencial, sin demorarse mucho en el período de la integración en el tejido social americano:

Al quedarse viuda Mama Salima por alguna razón decidió mudarse al estado de Michigan a la ciudad de Flint con todo y el negocio de tapetes persas que abuelito Rashid había montado al emigrar. Tapetes y objetos de por allá, hemos oído que en un tiempo hasta lámparas y mesas y suponemos que cojines y espejos y narguiles era lo que importaba abuelito de Líbano para vender en los Estados Unidos y Mama Salima retomó el negocio al enviudar y un día decidió mudarlo todo junto con la familia a otro lugar y se fueron. (Jacobs 1997, p. 60)

Lo que hay que subrayar mayormente del fragmento citado de Jacobs es la dimensión del trabajo que emerge del texto. Como ya se dijo antes, fueron sobre todo las actividades comerciales el elemento fundamental que propició una efectiva integración de la comunidad libanesa en la trama social de los países adoptivos. Esclarece también este rasgo comunitario el mismo Carlos Martínez Assad al comentar que «los libaneses han sido definidos como emprendedores, trabajadores, honestos y confiables» (2010, p. 138), remarcando el mismo aspecto también en su novela cuando el abuelo, después de describir las primeras dificultades de la llegada a Veracruz, narra al nieto que allí «los hombres hablábamos de negocios, de la conveniencia de las ventas por abonos de casa en casa y de pueblo en pueblo, y de cómo ya había cinco mil libaneses en México; lo cual era importante considerar por su significado para la competencia» (Martínez Assad 2014, pp. 16-17).<sup>8</sup>

Los elementos esenciales que articulan las entidades comunitarias libanesas y que generan una compacta trama asociativa dentro de las sociedades de adopción son esencialmente tres: la nacionalidad, la religiosidad y el mantenimiento de las tradiciones. No obstante un efectivo riesgo de pérdida de los rasgos comunitarios en la nueva sociedad receptora americana - lo cual podía presuponer el paulatino abandono de sus marcas identitarias - la colectividad libanesa logró la preservación de sus raíces milenarias a través de la defensa de sus propias características 'corpor-

8 Cfr. Ramírez Castillo 1994, pp. 451-486; Inclán Rubio 1995, pp. 61-68.

tivas'. Las novelas en análisis reflejan en cierta forma esta misma cuestión dando cuenta de ella en forma narrativa.

En cuanto a la expresión del valor de la nacionalidad como profundo sentimiento de pertenencia al país de origen, el abuelo protagonista de la novela de Martínez Assad demuestra en muchas ocasiones, en su diálogo con el nieto, el profundo orgullo de proceder del antiguo y bellissimo 'país de los cedros'. Además, el mismo protagonista subraya la importancia de su abolengo al explicar a su descendiente mexicano el relevante papel histórico que tuvieron sus predecesores fenicios y al subrayar los considerables aportes culturales que brindó esa civilización al mundo. Es evidente que el objetivo es el de despertar orgullo por el glorioso pasado de su país, un sentimiento que debería hacer aflorar en su nieto un profundo sentido de pertenencia:

En México nadie sabía si llamarnos turcos simplemente o sirio-libaneses porque en realidad éramos todo eso. Líbano había sido parte de la Gran Siria y ambos fueron conquistados durante cuatrocientos años por el Imperio Otomano. [...] Soy libanés, debo aclarar siempre cuando me llaman sirio o turco. Al fin y al cabo salí de Líbano para ser completamente libanés. [...] Somos fenicios, los descendientes de los 'hombres rojos', como los llamaron en la Antigüedad por los vestidos e hilados teñidos de púrpura de Tiro. [...] Nuestros navegantes descubrieron el Cabo de Buena Esperanza cientos de años antes que Vasco de Gama; [...] Gracias a los fenicios, los vínculos culturales entre varios países se afianzaron. Ellos crearon el primer alfabeto usando letras que permitían reproducir sonidos y fue adoptado por los griegos ochocientos años antes del nacimiento de Cristo, creando las bases de la cultura europea. Por eso el lugar donde surgió lleva el nombre de Biblos, es decir, El Libro. (Martínez Assad 2014, p. 24 y p. 32)

También en la novela de Jacobs se presenta el tema de la custodia de los valores culturales del país de origen frente a la amenaza de su olvido en el lugar de acogida. Es precisamente la matriarca Mama Salima que se hace cargo de proteger la dimensión lingüística materna, eliminando el riesgo de anular el idioma y la cultura familiar y asegurando, de esta forma, la continuidad de la herencia cultural libanesa también dentro de las generaciones sucesivas:

Mama Salima leía en tres idiomas y hablaba esos tres idiomas aunque con diferentes acentos y escribía también en los tres. Los tres idiomas de Mama Salima eran primero el árabe, luego el francés y por último el inglés. [...] Mama Salima les cantó canciones de cuna en árabe a sus tres hijos aunque a abuelito Rashid a lo mejor casi no le dirigiera palabra pero a papá y a tío Gustav y a tía Lou-ma también les habló en árabe

y el árabe fue entonces para papá y sus hermanos su lengua materna. (Jacobs 1997, p. 19 y p. 61)

En la misma novela está presente otro aspecto más enlazado con la salvaguardia de la prolongación de la cultura de origen dentro de la sociedad receptora. Se trata de una precisa estrategia que se lleva a cabo a menudo dentro de las comunidades inmigrantes: la del emparejamiento entre los individuos de una misma agrupación étnica. La endogamia matrimonial posee, de hecho, la capacidad de regenerar los vínculos del lugar de origen entre las familias inmigrantes y es un fenómeno muy bien delineado en las páginas de la narración de Jacobs donde el narrador explica claramente la vigencia de esa tendencia dentro de su núcleo familiar.

En cuanto a la vertiente religiosa, ese segundo elemento que tanto favorece el sólido enredo comunitario entre los inmigrantes libaneses, hay que subrayar su función fundamental dentro del discurso identitario levantino: el credo religioso maronita, que la casi totalidad de los libaneses inmigrantes practicaba al llegar a América, se configura como uno de los componentes diferenciadores que distingue a los libaneses de los árabes. Es el abuelo de la novela de Martínez Assad el personaje que remarca con puntualidad este aspecto, subrayando con fuerza su origen no árabe:

Pero tampoco soy árabe. Los árabes se llaman así porque creen en el Islam, en la religión del Profeta Mahoma; leen el Corán y se circuncidan. Los libaneses somos cristianos maronitas, creemos en el Santo Marun. Soy libanés y soy cristiano como lo fueron mis padres, mis abuelos y mis antepasados desde el principio de los tiempos. [...] Cuando vayas a Líbano recuerda a tu abuelo y piensa en la herencia de la sangre; estarán ahí para recordártelo los cedros milenarios, testigos de las batallas de los cruzados bajo cuya sombra se resguardaron los cristianos perseguidos. (Martínez Assad 2014, pp. 24-25)

La identidad religiosa es sumamente importante para los libaneses porque, desde el momento de la formación de su Iglesia, la minoría cristiana maronita ha tenido que luchar siempre para preservar su diferencia religiosa frente a las amenazas de los opositores que buscaban con obstinación su total anulación.<sup>9</sup> De ahí, el fuerte sentimiento de orgullo que el abuelo expresa en subrayar el concepto de cohesión social que caracteriza a todos los cristianos libaneses.

Por último, es importante detenerse también en el aspecto del cuidado de las costumbres tradicionales y en la transmisión de la herencia cultural

<sup>9</sup> Para más información sobre la Iglesia cristiana maronita, cfr. Rodríguez Zahar 2004, pp. 28-33; Corm 2006, pp. 19-21.

que tanto singulariza el comportamiento de la comunidad libanesa en el proceso de integración en los lugares de acogida, una cuestión muy presente en las dos novelas en análisis. En ambas narraciones, en efecto, se evidencia claramente que la familia es el microsistema social ideal que permite garantizar la transmisión del legado cultural a las generaciones futuras, por ejemplo a través de la reiteración de los rituales gastronómicos. La cultura alimentaria se presenta como un punto clave para el estudio del patrimonio de un pueblo por ser una de las expresiones más significativas de la vida cotidiana para los miembros de una específica comunidad. En la novela de Jacobs, por ejemplo, es el personaje de la matriarca el que se encarga de transferir el conocimiento de la cocina tradicional a través de la preparación de la comida típica libanesa:

Pero era rico que nos visitara Mama Salima en México porque se encerraba en la cocina y hacía empanadas árabes de carne o espinaca sin que nadie la viera. Las doblaba de modo diferente para que uno supiera cuál era de carne y cuál la de espinaca y no se equivocara si uno de los dos rellenos no le gustaba. En árabe se llaman *ftiri* o *ftaier*, una es singular y la otra plural. (Jacobs 1997, pp. 17-18)

El mismo papel lo tuvo el abuelo de la novela de Martínez Assad al asumir la tarea de hacer descubrir a sus nietos el patrimonio gastronómico de su nación, patrocinando de esta forma el concepto del vínculo entre comida y emociones. El personaje cuenta, de hecho, que un día llevó a sus nietos al Barrio de la Merced de la Ciudad de México, una zona de la capital donde los inmigrantes libaneses establecieron sus viviendas y comercios a inicios del siglo XX:

Luego te llevé a ti y tus hermanos a comer al Ehden. Caminamos hasta la Plaza de Santo Domingo, pasamos a un costado de la Catedral y atravesamos el Zócalo. En una de las calles de Correo Mayor, llena de tiendas, subimos a los altos por una escalera oscura. Comimos *kebbeh*, *falafel*, *chauarma*, *homous* y *shrishtaoule*, y tu sorpresa no tuvo límite cuando viste la palangana llena de pastelitos y dulces: *awamet*, *atayef*, *burma*, *karabeej* y *eristelao*, y terminaste tan enmielado como los postres. (Martínez Assad 2014, p. 20)

La relevancia del patrimonio cultural gastronómico no sólo afecta la dimensión de los sentimientos, sino también la esfera profesional: los menús tradicionales y los recetarios domésticos pueden sí adquirir la función social de perpetuar las tradiciones de una nación pero, al mismo tiempo, pueden también asumir un papel clave en el éxito profesional de un núcleo familiar dentro de un país de adopción. Es el caso de la familia del personaje de la novela de Martínez Assad que logró abrir un restaurante en San Luis Potosí:

En San Luis conseguí un local para establecer un pequeño restaurante. Tus tías conocían las recetas de su madre y confeccionaban comidas medio libanesas o árabes, como dicen por acá, y medio mexicanas. Hacían el pastel de coco con nueces, piñones, almendras y uva pasa, bañado en coñac, con tanto éxito que se convirtió en el pastel preferido para las fiestas de bodas en La Lonja. También el de dátiles con nueces fue de los favoritos porque los potosinos no se acostumbraban a los dulces más cargados de miel. Los *graives* con su pasta de almendra no faltaban en las reuniones sociales porque eran más ricos que las galletas e iban muy bien con el café y el té. (Martínez Assad 2014, pp. 47-48)

## 4 Conclusiones

Al terminar esta breve investigación cabe destacar el exitoso mecanismo de fusión entre historia y ficción que se lleva a cabo en las dos obras analizadas. Es evidente que las aportaciones del pasado juegan un papel prioritario en ambas escrituras: las novelas se configuran como los lugares del recuerdo donde se realiza una auténtica batalla contra el olvido. El hecho de reavivar la memoria parece entonces una actividad necesaria para recuperar pérdidas y recobrar lejanas imágenes de historias familiares. Es una labor de reconstrucción identitaria que el discurso literario consigue articular con eficacia. Describir el desarraigo es una misión compleja que lleva consigo una fatigosa carga de dolor por ser el exilio «la grieta imposible de cicatrizar», en palabras de Edward Said (2005, p. 179). Sin embargo, en las novelas de Bárbara Jacobs y Carlos Martínez Assad, la tristeza deja paso a la esperanza, a esa dimensión constructora que la experiencia del destierro también incluye y que, con el tiempo, puede restituir recompensas. Las obras analizadas recuerdan que la memoria de la vida antigua está presente de forma contemporánea a la vida nueva que fluye hacia adelante y produce caminos inéditos y provechosos. Y la creación literaria, en definitiva, parece convertirse en un lugar propicio donde poder reflexionar sobre eso.

## Bibliografía

- Aguilar Sosa, Yanet (2013). «Carlos Martínez Assad comparte raíces y premio con Bárbara Jacobs» [en red]. *El Universal*, 21 de mayo. Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/cultura/71857.html> (2015-06-30).
- Akmir, Abdeluahed (ed.) (2009). «Introducción». En: *Los árabes en América Latina: Historia de una emigración*. Madrid: Siglo XXI, pp. 1-10.
- Cánovas, Rodrigo (2009). «Letras mexicanas libanesas: Bosquejando el cedro americano». *Acta literaria*, 38, pp. 9-26.

- Cánovas, Rodrigo (ed.) (2011). «Migraciones: Las otras opciones de América». En: *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México*. Madrid: Editorial Iberoamericana; Frankfurt: Vervuert Verlag, pp. 233-244.
- Castellanos, Juan Carlos (2014). «En el verano, la tierra reúne íntimos recuerdos de Martínez Assad» [en red]. *Notimex*, 2 de febrero. Disponible en <http://www.sinembargo.mx/12-02-2014/902816> (2015-06-30).
- Chowdhury, Sudeshna (2013). «Preservando la Pequeña Siria de Nueva York» [en red]. *Inter Press Service*, 23 de junio. Disponible en <http://www.ipsnoticias.net/2013/06/preservando-la-pequena-siria-de-nueva-york/> (2015-06-30).
- Corm, Georges (2006). *El Líbano contemporáneo: Historia y sociedad*. Barcelona: Bellaterra.
- García Ita, Rosa E. (2006) «Los árabes de México: Asimilación y herencia cultural». *Confines de relaciones internacionales y ciencia política*, 2, pp. 107-109.
- Inclán Rubio, Rebeca (1995). «Inmigración libanesa en México: Un caso de diversidad cultural». *Instituto Nacional de Antropología e Historia. Dirección de Estudios Históricos*, 33, pp. 61-68.
- Jacobs, Bárbara (1997). *Las hojas muertas*. Madrid: Alfaguara.
- Jacobs, Bárbara (2010). «Una pequeña historia personal». En: «Almalafa y caligrafía. Literatura de origen árabe en América Latina». *Hostos Review*, 7, pp. 186-197.
- Kahhat, Farid; Moreno, José Alberto (2009). «La inmigración árabe hacia México (1880-1950)». En: Akmir, Abdeluahed (ed.), *Los árabes en América Latina: Historia de una emigración*. Madrid: Siglo XXI, pp. 317-363.
- Macías, Sergio (1995). *Presencia árabe en la literatura latinoamericana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Martínez Assad, Carlos (2008). «Los libaneses inmigrantes y sus lazos culturales desde México». *Dimensión antropológica*, 15 (44), pp. 133-155.
- Martínez Assad, Carlos (2014). *En el verano, la tierra*. México: Seix Barral.
- Padilla, Miriam (2012). «Bárbara Jacobs celebra 25 años de *Las hojas muertas*» [en red]. *Revista de la Feria*, 24 de noviembre. Disponible en <http://www.informador.com.mx/fil/2012/420052/6/barbara-jacobs-celebra-25-anos-de-las-hojas-muertas.htm> (2015-06-30).
- Palapa Quijas, Fabiola (2013). «Otorgan a Bárbara Jacobs y Carlos Martínez Assad el Premio Biblos» [en red]. *La Jornada*, 19 de mayo. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2013/05/19/cultura/a03n2cul> (2015-06-30).
- Perec, Georges (2004). *Ellis Island*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Ramírez Castillo, Luis Alfonso (1994). «De buhoneros a empresarios: La inmigración libanesa en el sureste de México». *Historia Mexicana*, 43 (3), pp. 451-486.

- Rodríguez Zahar, León (2004). *Líbano, espejo de Medio Oriente: Comunidad, confesión y estado (siglos VII a XXI)*. México: El Colegio de México; Centro de Estudios de Asia y Africa.
- Said, Edward (2005). *Reflexiones sobre el exilio*. Barcelona: Debate.
- Samamé B., María Olga (2003). «Transculturación, identidad y alteridad en novelas de la inmigración árabe hacia Chile». *Revista Signos*, 53, pp. 51-73.
- Serratore, Angela (2013). «Little Syria» [en red]. *The Paris Review*, 17 de septiembre. Disponible en <http://www.theparisreview.org/blog/2013/09/17/little-syria/> (2015-06-30).